

Le suplico transmitir mis sentimientos de condolencia al claustro todo y a la distinguida familia de Monseñor, a quien Dios tenga en su santo Reino,

Su afectísimo amigo que lo estima de veras,

CARLOS GOENAGA GONZÁLEZ

ALGO SOBRE R. M. CARRASQUILLA

Hombres hay equivalentes en la vida de las naciones a las piedras preciosas más ambicionadas. La brillantez, limpidez y profundidad les abre ancho campo de admiración y respeto tanto en las sociedades a las cuales pertenecen como en aquellas fuera de las cuales actúan. Monseñor Carrasquilla fue de esos privilegiados; gema finísima, florón hermoso de la República de Colombia, podía estar sin opacidad alguna en donde se agitase. Educador, por vocación y por estudio; filósofo encumbrado, pareado a lo mejor de su época; orador sagrado y profano; prosista vigoroso, que no desdeñó en veces escribir en versos castellanos; cuentista de imaginación invencionera y ágil; filólogo cuyo conocimiento de las lenguas fue vasto; historiador sapiente de los hechos del país para narrarlos, formando hoguera de amor a la patria; profesor en la cátedra y en la vida; sacerdote ejemplarísimo para quien no tuvieron misterio las más excelsas y escondidas virtudes, en todas las ramas del saber humano recorridas por ese singular varón, fue digno del lema de la Real Academia Española de la lengua, a la cual perteneció: «*Limpia, fija y da esplendor*».

Pero hay algo más hermoso; ese hombre cuya misión no fue levantar hijos propios tuvo todas las bondades, todos los sacrificios, todos los afanes, todos los anhelos de aquellos a quienes en la vida les cupo ser padres como Dios manda. Sus rosaristas, sus colegiales espe-

cialmente, fueron sus hijos, cuando merecían serlo. Y como fueron tantos pudo llamarse a Carrasquilla, sin hipérbole alguna, padre y conductor máximo de la actual generación colombiana. Bien dice Villemain al empezar su elogio de Montaigne: «En todos los siglos nacen hombres superiores, receptores y difusores de la luz, que siguiendo las mismas huellas de sus contemporáneos, van aún más lejos que ellos» (1).

Pero entre todas las cualidades de Monseñor Carrasquilla, tres parecieron encumbrarse sobre todas las demás poseídas en grado eminente por él. La *elocuencia*, la *cátedra*, la *tradición*.

Fue amante de las cosas antiguas en la forma como él mismo decía: *nova et vetera*, mote acogido para la *Revista del Colegio Mayor del Rosario*; pero amaba lo nuevo, en cuanto bueno, sin incurrir en «la actitud ridícula del campesino que con precipitud y asombro cambia sus cosechas por objetos de amenidad y regalo» (2). La filosofía tomista, uno de cuyos restauradores fue, tan sabiamente expuesta por él, siguiendo más literalmente al Doctor Angélico que el propio cardenal Mercier, neoescolástico, fue remozada por Carrasquilla con teorías científicas modernas. Recalcaba en esas exposiciones, que cada descubrimiento nuevo demostraba la veracidad de las afirmaciones y de los relatos de las Sagradas Escrituras. Mucho antes de publicar la primera edición de sus *Lecciones de Metafísica y Ética*, hizo conocer en su cátedra la teoría de los electrones.

Su amor a lo viejo era veneración sagrada a todo cuanto fuera tradición de lo noble de su raza, de su familia, de su patria. Las teorías modernas pedagógicas eran en veces, según él, repetición de las antiguas practicadas por los sabios. De éstos, Fray Cristóbal de

(1) Villemain. *Discours et mélanges*.

(2) José Ignacio Echeverría. *Algo sobre Rodó* (pág. 39).

Torres, Arzobispo de Bogotá y Fundador del Colegio Mayor, al ordenar en las constituciones del instituto que fundó la forma como habían de dictarse las clases, se adelantó a los principios en boga hoy en los más reputados establecimientos de enseñanza.

Fue un expositor fácil. Jamás hizo esfuerzo alguno en la exposición. Una palabra salía tras la otra con tal facilidad, que parecía cosa de poca monta hacer lo mismo. Tan corriente, tan sencilla, tan al alcance de todos fueron sus conferencias, que lo más intrincado del problema filosófico era, por él explicado, una simpleza. No es esa cualidad de todo sabio. Lo memorable es que, poseyendo Carrasquilla cuanto exponía en manera tan ahondada, pudiera hacerse entender llanamente por todos. Veíase entonces surgir al Maestro conocedor del limitado valer del dominio de la materia para enseñarla bien, si no se aunaba el arte de ser «despertador de la inteligencia» (1). Y en verdad que no debió haber dificultad alguna para el Director de la Academia colombiana de la lengua: la idea, el pensamiento más abstruso era en él a manera de blanda cera; presentábalo en la forma deseada, tal era su señorío del castellano, al cual enalteció.

Todo lo acompañó para ser elocuente. La estatura varonil y recia, de hombre pujante; el volumen de la voz, más lleno que melodioso, pero atrayente con la sensación producida de que hablaba todo un varón; el gesto reposado y solemne con que acompañaba la dicción; la vocalización perfecta de cada palabra; ni pausada ni acelerada la frase; acorde el tono con el enunciado, y a todo esto se unía el bien decir y el mejor pensar. No había en los discursos de Carrasquilla aquella profusión de citas demostradoras de erudición, no

(1) Carrasquilla R. M.—Discurso en honor de D. Simón Rodríguez. (Maestro del Libertador Bolívar).

de talento, y si alguna vez citó, hízolo con tal discreción y tino, que sus obras no tomaban el aire de pedantismo en que degenera lo hecho por noveles eruditos.

Como orador, pocos igualarán a Carrasquilla. Su estilo del más puro clasicismo no fué rebuscado; su elevación no eran frases afligranadas de floreo sino enjundiosas. Cada una podía ser acogida como proverbio. El oyente menos cortés se veía forzado, a poco de estar Carrasquilla hablando, a escuchar al orador, sintiéndose fuertemente atraído, y ya le era imposible dejar de seguirlo a todo lo largo del discurso que pronunciaba.

Los rosaristas recordaremos, con tristeza hoy, antes siempre con fruición y deleite, la época de los retiros espirituales en el Colegio Mayor. En medio de la mortificante expectativa de cesación de la clausura producida en esa época de obligado recogimiento espiritual, había un claro momento de gran halago: las pláticas del Rector. El más indómito de los estudiantes sentía que esa palabra paternal modelaba su alma, mejorándola, purificándola al correr de los días, y al tercero y último, rareza fue que no confesaran y comulgaran todos los asistentes al retiro. Oídas las pláticas rectorales, en una ocasión, por estudiantes de religiones acatólicas, se convirtieron al catolicismo, recibiendo su bautismo.

No somós capaces para considerar a Monseñor Carrasquilla como hombre de ciencia, aunque se puede afirmar que fue un investigador incansable. Muchos le dieron fama de intolerante en lo atañadero a sus conclusiones filosóficas, pero basta leer las ediciones de su obra sobre *Metafísica y Ética* para anotar cuán errónea fue esa noticia, pues échase de ver que algunas ideas fueron rectificadas, aunque nunca se salieron de la más pura ortodoxia. Sus rectificaciones no tuvieron como fundamento la obediencia a la jerarquía imponente de su concepto dogmático o moral, sino el valor científico,

de la más pura cepa, cual es la corrección indicada por el talento investigador que sabe desandar el camino por donde erraba, para seguir el que conduce a la certeza. Y como fue un científico, un sabio, fue bondadoso con quienes carecían el acervo de conocimientos de él. Pensaba como Miguel Antonio Caro: «La verdadera ciencia es benévola».

Tenía Carrasquilla conciencia de su propio valer y por eso jamás tuvo para con los demás la sonrisa irónica del necio que, sabiendo poco, se cree superior a los otros; no podía aplicársele el hondo refrán inglés contra los pedantes: «*A little knowledge is a dangerous thing*», porque su sabiduría le hacía bondadoso y sano. Pero su bondad no fue de las que forman «esos caracteres tímidos y acomodaticios, que un gran dramaturgo estigmatizó bajo el irónico título de 'hombres de bien', que no hacen directamente el mal, pero dejan ejecutarlo sin atreverse a formular una protesta y aceptan cómodamente los hechos cumplidos» (1).

Era un aristócrata republicano. Sentíase orgulloso de su abolengo: Ortega, Ricaurte, Carrasquilla, Nariño eran apellidos proceros pronunciados por él melificando en lo posible la voz, con cariño, con unción. Grato era para él ver los apellidos ilustres de Colombia pasar por los claustros de su Colegio, como en efecto sucede, pero no obstaba ello, para ser sostenedor y ayuda eficaz para quien quisiera surgir, ya fuese pobre de bolsa o humilde de cuna; sólo exigía dos virtudes: estudio y buena conducta. Muchos que hubieran sido oscuros, Carrasquilla los hizo doctores, diputados, representantes, senadores y ministros. Algunos de ellos, lectores quizá de Balmes, fueron hiedra entrelazada con un árbol gigantesco que yacería tendida por el suelo, pisoteada por los tran-

(1) Gómez Restrepo A. (*Discurso en la inauguración de la estatua de Caro en Bogotá*).

seuntes, si hubiesen crecido sin arrimo (1). Ni dejó de influir en alto grado en el escogimiento de Presidente de la República.

Tan raudas corren las frases al recordar y meditar sobre este ilustre colombiano, que salió fuera de su Patria para enseñar, pues no aprendió cosa alguna fuera; *tan todo nuestro*, que se fue para su propia casa; el lugar de los justos, que tronchamos la concepción, abundosa ante tema tan excelso y rico. No podrá decirse de Carrasquilla lo que de Caro, político, afirmó Marco Fidel Suárez, pues no experimentó «las virtudes del aprecio público», inconstante como los vaivenes de la política de nuestra tierra, donde puede repetirse aquel dicho de las crónicas antiguas: «Esta es Castilla, que hace a los hombres y los deshace», porque supo llenar de simpatía todo lugar en donde llegase. Siempre el aprecio público estuvo con él como ha de estar la más excelsa de las veneraciones.

La vida sin oraje de Monseñor Carrasquilla se ha apagado para seguir iluminando. Cuando en los arcos voltaicos cambian de posición los carbones que esparcen la luz en su redor súfrese una rápida obscuración sucedida por resplandecimiento más fuerte y profuso que perdura. Tras el obscurecimiento de la muerte del Restaurador del Colegio de la Bordadita viene el halo simbólico: es la transfiguración que llega.....

Santa Marta, año del Centenario de la muerte del Libertador.

CARLOS GOENAGA GONZÁLEZ, B. A. J. D.

Antiguo Convictor del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

(1) Balmes—*El Criterio*.

MONSEÑOR CARRASQUILLA

Lo que fue el doctor Rafael María Carrasquilla en la literatura nacional, lo que significó su propaganda doctrinaria en cuarenta años desde la rectoría del Colegio del Rosario, lo dirá mañana algún historiador y crítico de veras. Frescas, muy frescas están sus cenizas, para que ahora se pueda intentar un ensayo espacioso sobre ese tema. Pero sí puede decir cualquiera, sin los atributos del crítico o del historiador, que el doctor Carrasquilla cumplió un apostolado intelectual, que deja huella honda y duradera en la crónica de la República.

Carrasquilla era un maestro, un genuino maestro. El aula no le servía sino para dar salida a un conducto de ideas filosóficas y religiosas, que nó para cumplir un mero programa oficial. La vocación le venía de las propias raíces y de la sangre. Don Ricardo, su padre, saleroso autor de poesías y artículos de costumbres, llena una época nuestra bien definida, y se enlaza con varias de las grandes figuras colombianas. Contábase en el grupo del «Mosaico», que tan noble influencia había de ejercer en nuestras letras, en el sentido de orientarlas hacia un realismo sanamente vernáculo, exento de adornos extraños y de infición exótica. Llevó a la cátedra una palabra muy viva, convicciones seguras y vehementes, saturadas de doctrina católica; se subió también a la tribuna política para irrigar el entendimiento de masas incultas y prepararlas para los certámenes cívicos del momento histórico. Cruzó por el estadio de la prensa diaria y del libro para robustecer esa propaganda, y compuso aquel tomito, «Sofismas anticatólicos vistos con microscopio», en que sumó en hilera todas las embestidas del pensamiento libre, para repelerlas o destruirlas. De don Ricardo Carrasquilla

se conserva un retrato, ejecutado por Garay, en que detrás de una fisonomía risueña, bizarra, se adivina el carácter honesto, de una serena civilidad.

La personalidad de Monseñor Carrasquilla, en la plenitud de su conjunto y por los varios aspectos que la esmaltan, pertenecía completamente al pasado. Era un valor viejo, si queremos evocar una etapa fenecida, en que se agitaron casi todas las ideas madres del siglo diecinueve. Con el desarrollo y florecimiento de su existencia coincidió el turbión de principios filosóficos, políticos y sociales que hicieron de la última centuria el más ardiente laboratorio espiritual. Todos los matices del arte literario, todas las fases del análisis, todos los cambiantes de la inteligencia se agruparon en el siglo anterior, y crujieron con más intensidad en su treintena final. Entre 1870 y 1900, se encierra el cuadro de tales luchas, de los más audaces desvaríos, acompañados de un anhelo indeficiente de adelanto y bienestar.

Por uno de esos casos no raros en nuestra América española, en Colombia las disciplinas mentales antecedieron a su progreso material. La guerra de independencia, que volcó a la contienda de sangre las reservas universitarias, se señaló por el elemento civil, en que se movían ya gérmenes poderosos de la literatura criolla. Y a través del ciclo de nuestras disensiones internas, a compás de los disturbios más arrolladores, viene siempre la levadura ideológica, la cédula doctrinaria, que se revelará en las especies más diversas de la estética.

La filosofía entre nosotros nunca fue otra cosa que la antigua escolástica, difundida en los centros de la Península, y trasplantada acá al continente en universidades y seminarios. En la Argentina, Córdoba, y en Colombia, San Bartolomé y el Rosario, interpretaron durante la colonia el pensamiento filosófico de España.

Aquí no se siente sólo el efluvio extranjero, por medio de las convulsiones políticas; se ha de comprobar también que no siempre apretadamente asociados, pero sí en cierto modo paralelos, el influjo filosófico y el político se aunarán para herir lo más esencial del carácter colombiano. En el primer cuarto de siglo comienza a extenderse ese influjo de fuera en los textos de Bentham y Tracy; ocho lustros más tarde nos alimentará el filósofo de la evolución, y al lado de éste, Claude Bernard, Bain y Ribot, todos contrarios a la escuela católica. El profesor suizo Ernesto Rothlisberger encabezará una ligera reacción contra el materialismo crudo, más apaciguada en sus consecuencias, próclive a un eclecticismo tolerante. Las lecciones del expositor suizo, cuya estancia en Bogotá la marcan los años de 1880 y 81, dan origen por contraste a la restauración de la filosofía tomista. Asoman entonces don Marco Fidel Suárez y Rafael M.^a Carrasquilla como los campeones de este movimiento. Del señor Suárez, enredado en una controversia con el conferencista helvético, ha quedado una muestra juvenil en aquel ensayo, «Filosofía antifilosófica», que figura en uno de sus volúmenes. Ya se tantea allí la nueva ruta, y los panoramas que pasan ante la vista del lector, prometen el abierto horizonte de una escuela francamente ortodoxa. El cambio de régimen en 1885 traerá el implantamiento del tomismo en nuestras aulas. Durante treinta y cinco años Carrasquilla derramará en el Rosario la semilla religiosa; sus «Lecciones de Metafísica» constituirán el alimento de nuestra juventud, y la orientarán cada vez más por la senda de la tradición. ¿Qué exhibe allí? Nada nuevo, nada virtualmente original, que aduzca un esfuerzo propio. Todas las cuestiones gravitan al rededor de unas pocas verdades fundamentales, en las que se comprende el espíritu del catolicismo. Son verdades tan trilla-

das, son revelaciones tan conocidas, que en su esencia pura no han variado desde sus orígenes. El edificio de la filosofía católica es enorme, pero sencillo; la trabazón menuda, el tejido minucioso se esconden tras apariencias armoniosas y generales. Para el contradictor, para el atacante, arguye motivo desesperado el ver que una sola de sus facetas, un punto al parecer accesorio, desenvuelve, ya sea hacia arriba o hacia abajo, una ceñida serie de premisas o una ringlera continuada de conclusiones. Donde más podría hacerse sentir esta filosofía es en el terreno de la ética, por lo que vincula relaciones y robustece normas especiales de conducta. Conducida de la teoría a la práctica, cuánta materia a la observación y al comentario!

Hay un libro de Carrasquilla que le caracteriza; define al pensador, delinea al filósofo y resume toda la faz pragmática de su criterio: el *Ensayo sobre la doctrina liberal*. En las *Lecciones de Metafísica*, trazadas para guía y pauta de sus educandos, se limitó a enunciar los fundamentos; en el *Ensayo* corre derechamente al ejercicio y funcionamiento de las ideas. Por primera vez, aquí en Colombia, se intenta un examen severo de las doctrinas políticas circulantes. Arranca el autor de lo que implica la palabra «libertad», de sus usos y aplicaciones. La noción de libertad es el eje en torno del cual se verifica la rotación de las distintas sectas filosóficas, políticas o sociales. Es el centro dinámico de donde emanan las posibles transformaciones del mundo; y la elasticidad de esa idea, el desenvolvimiento de ese principio, gradúa los órdenes de la actividad del hombre, y conforme a sus resultados morales, adquirirá color y tono el sentido de una escuela determinada. ¿Qué pedir a un filósofo católico, si añade la condición personal de sacerdote? En los varios capítulos de la obra estará esa libertad reducida, mutilada; se plantea

el viejo criterio ortodoxo, que cambia apenas en los accidentes, y permanece inmutable en lo básico y substancial. De todas suertes, mucha luz se desparrama sobre esta materia, tan confusa de suyo, tan susceptible de curiosas hermenéuticas. Hoy, después de siete lustros de salido el *Ensayo*, el tema ahí desarrollado se mueve dentro de una zona delimitada, que no presenta la menor incidencia al devaneo ni a la duda. El liberalismo filosófico, el político y el económico actúan en la vida civil, informan todavía no pocas direcciones de los partidos; y no es problema para quien haya trajinado por los rincones de la historia, con la experiencia de un siglo transcurrido, que el valor intelectual de algunas verdades no anula la facultad inalienable, el derecho imprescriptible del libre opinar.

Monseñor Carrasquilla, en su *Ensayo*, tiene el mérito indudable de presentar la cuestión, siguiendo enseñanzas de una filosofía secular; pero contra muchas consecuencias de su doctrina se alza la práctica terrible de la vida, el curso de acontecimientos cotidianos, que no es posible reducir a los linderos precisos de una disposición escueta. Si los vocablos no nos guiaran tan continuamente y no dieran margen a tanta confusión y laberinto, veríase a las claras que no responden siempre al objetivo que dicen encerrar. No existe tanta armonía, como pareciera, entre palabras que indican un fin igual. La experiencia nos enseña, por ejemplo, que el liberalismo político, en su parte económica, cede hoy el campo a las invasiones de la corriente socialista, y que nada se opone tanto a las conquistas de este último movimiento, como ese individualismo romántico, mandado recoger. El liberalismo filosófico, o su equipolente, el racionalismo, inspira aún el carácter de cierta filosofía moderna, y no habrá de pasar de manera tan absoluta. Es elástico, indeterminado, adopta mil for-

mas de capricho, en que sólo las une el empeño de negar la metafísica y sustraerse al dominio de los dogmas eclesiásticos.

Cuanto más ojeo el *Ensayo*, más me afianzo en la necesidad de esclarecer algunas ideas generales, de cuyo seno se desprenden innúmeros matices y caminos. No sería raro que, tomada en globo la voz *liberalismo*, sirviese para alejarnos de la meta que ambicionamos, y hasta para ponernos en contradicción perpetua, dentro de sus mismos órdenes y actividades. En el terreno meramente político, el libro guarda una consecuencia perfecta; niega, al menos en teoría, las ventajas que puede provocar un ambiente de libertad espiritual, y se inclina al recorte y decapitación de ella, en su aplicación a las funciones del estado. Casi nos lleva en derechura a un gobierno semi-teocrático, con sus limitaciones imprescindibles, con su atmósfera aplanadora de las impacencias y angustias del pensamiento. Si fuera posible realizar integralmente su programa, cuántos escollos encontraría en la esfera de los hechos, cuánta oposición en la práctica ordinaria! Si mucho vale, es como exposición austera de doctrina, como arsenal de sustancia católica, en que los problemas se debaten a la luz de un criterio único, sin atender ni sopesar los intereses que lastimen, ni las circunstancias relativas que el mundo impone para vivir en paz y en armonía. El *Ensayo* fue escrito en 1895, cuando el autor partía los límites de una juventud que declinaba, y de una vecina madurez. Alguna evolución, muy suave pero segura, se cumplió con el paso del tiempo. El que repitió muchas veces: «la verdad es una anciana a quien nunca nacen canas», dejará caer en una de sus postreras oraciones este concepto revelador: «todo sistema filosófico, por erróneo que sea, trae algunos fragmentos de verdad».

*
* *

El literato que hubo en Monseñor Carrasquilla, el artista natural, no pudo desprenderse del carácter doctrinario a que estaba sometida su condición de sacerdote. Por eso el crítico tiene que ir juzgando al uno sin desviarse del otro. La literatura fue el medio apenas, el recurso para conquistar un fin. En este sentido, por una venturosa alianza, las páginas en que mejor se exterioriza el ideal, son aquellas que alcanzan un grado más puro de belleza.

Los sermones y panegíricos forman su contribución más feliz a las letras nacionales; sobre todo, los panegíricos, en que trajo un sello de novedad a nuestro medio. Del antiguo sermón a la española, henchido de citas bíblicas, pesado y fastidioso, pasó Monseñor Carrasquilla a la oración francesa, flexible, reticente, alada, en que el pensamiento se agiliza, o se adelgaza, y un fulgor interno alumbra noblemente las audacias de la forma. Los predicadores nuestros —antes de Carrasquilla— habían trillado poquísimos los senderos del gusto francés. El doctor Margallo, conforme al testimonio de sus contemporáneos, era un reflejo de la homilía española rancia, sin colorido en la frase ni agilidad en la mente; y el arzobispo Mosquera, si bien inteligencia de primera nota, se quedó bastante a la zaga del verdadero orador sagrado. Sólo con el arzobispo Paúl se inicia un leve renovamiento del púlpito colombiano, por el ademán elegantísimo y el corte rápido de sus cláusulas. El padre Cortés Lee es ya la plena floración, el fruto esplendoroso.

Pero el panegírico, como género literario, tuvo quizás en Monseñor Carrasquilla el más afortunado de sus cultores. La alabanza de los grandes supone cierta grandeza previa, que es el impulso generoso de admirar y de aplaudir; y tal impulso consultaba su temperamento

íntimo, propenso a reconocer lo bello, a ponderar lo bueno, a regirse por las cosas altas. La cuna, amén de la doctrina, obró como elemento cardinal en el entusiasmo y sinceridad de varias de sus piezas oratorias. ¿Quién no sabe que Monseñor Carrasquilla descendía derecho de los libertadores; quién ignora que por sus venas corrió a raudales la sangre de Ricaurte, el héroe inolado, y de Nariño, el vidente incomprendido, patriarca de la independencia, escritor, tribuno de los mejores?

Con estos compromisos con la patria, embargado por ese aroma de la edad pasada, Monseñor Carrasquilla se mostró siempre hijo orgulloso de Colombia, dispuesto a servirla, a ensalzarla, a poner de resalte cuanto de grato y consolador se encierra en su seno. Sus ardores tribunicios, en que se entreveraban el amor a nuestra tierra, el culto a los próceres de nuestra historia, adquirieron tangible forma en dos de sus más gallardas oraciones: la laude de Nariño, y el panegírico del arzobispo Mosquera. El espíritu del oyente se ensancha, viendo cómo el oficiante del rito católico, encendido en las llamas del ideal, se convierte en un operador certero de la palabra y la belleza.

¿Por qué senda rastrear la formación de su estilo, descubrir la hilaza de ese lenguaje tan severo y tan rotundo? Algo existe en su estilo, que delata el parentesco con los escritores de la más regia latinidad, aunque el autor no cupiera bien en la gran raza de los humanistas. Estudió la lengua del Lacio en sus mocedades, triscó asimismo un poco por los jardines del griego, sin llegar a adueñarse de sus secretos; pero no es allá donde conviene ir para exhumar su abolengo literario. El giro castizo lo bebió en los prosadores españoles de la edad de oro, tan opulentos en su desgarro; pero el aire y andar de los períodos lo extrajo de los prosistas del siglo dieciocho, de Jovellanos, Mora-

tín, que tenían un sentido más completo de la euritmia y la ejecución verbal. Y a este atributo añadió la sencillez nerviosa de los maestros franceses modernos, en cuya compañía se holgaba como embelesado. Escójase una página cualquiera del señor Suárez, y se observará al punto la diferencia. Si hubiera que marcar la filiación artística de Carrasquilla, diría que puede incluirse entre los clásicos nuevos, con el rótulo de nuestros días. Por la forma, más que por el pensamiento, estuvo más cerca de nuestra época; caso radicalmente distinto al que nos ofrece Antonio José Restrepo.

La democracia américo-española, en su prurito de igualar, quiere hoy hacer tabla rasa de aquellos factores que más pueden enaltecerla, como son el estudio, la tradición augusta, el renombre familiar, que se confunden en alguna de sus partes con el propio blasón de la república. Olvida que nada alimenta tanto el vigor de los árboles como la profundidad de sus raíces en el suelo, y que la hegemonía espiritual de un pueblo se sostiene más por la fuerza de su pasado que por las volubles apariencias del presente. «Ennoblecera a los de abajo, sin abatir a los de arriba», dijo un día Carrasquilla, para fijar el significado real de la democracia. En esta fórmula sencilla abarcó el vasto problema. El campo puede estar abierto para todos, pero solamente deben penetrar en él los más capaces. Infringir esta ley es ceder las puertas a la barbarocracia de la calle, o caer en el peligro de una grosera plutocracia, desvinculada de inspiraciones idealistas. Carrasquilla sentía en su alma la patria como un imperativo categórico, y la democracia y la república como una tradición de familia. Aquí reside ese encanto de muchas de sus páginas, particularmente de las oraciones dirigidas a temas colombianos, como las ya citadas, o aquella del centenario de 1910, que acarició nuestra imaginación adolescente con el soplo de la epopeya.

El elogio de León XIII le señala por un hablista insigne. En estrecho marco, con un tono que no desmaya de su frescor inicial, trazó la silueta del genio político que fue el papa León. Escudriñó en todas sus encíclicas para exponer la enseñanza del Pontífice, en su período más turbulento, cuando no era el Vaticano sino un enorme cautiverio. Fue marcando las ondulaciones, los tropiezos de aquel viaje, en que el sucesor de Pedro sorteaba las dificultades, resolvía oscuros problemas y lastraba siempre su embarcación con tino y sapiencia extraordinarios.

La América ha producido escaso número de oradores sagrados. No parece ser el ambiente, a pesar de la fe inmovible, estadio anchuroso y adecuado a la forma estética de difundir los dogmas. Aunque antiquísima la fe heredada, le falta en general el sitio lleno de reminiscencias, el paraje secular que el fantaseo de los devotos ilumina y acalora; y con el estrépito continuo de las revoluciones, el cambio de costumbres que fomenta el capital extranjero, la atmósfera no se presta a esas sutiles interpretaciones de lo absoluto ni a las vagas perspectivas del misterio. Además, es un género de selección que presupone largas disciplinas del entendimiento y la voluntad. A despecho de esto, sin apelar a la hipérbole, podemos decir los colombianos que la literatura nuestra se enorgullece con dos oradores que prohijaría el púlpito español: Carlos Cortés Lee y Carrasquilla. En esta parte del mundo ibero no se les encuentra émulos sino en el ecuatoriano González Suárez, y en el presbítero Carlos Borges, de Venezuela.

*
* *

De su vida íntima, ¿qué narrar que despierte curiosidad en los lectores? Vida de sacerdote, silenciosa, humilde, franciscana casi, no tiene más repercusiones que

las que le ganaban sus triunfos intelectuales de la escuela y de la cátedra sagrada. La política le llamó un día a sentarse en el ministerio de instrucción pública, en el gobierno que presidió don Miguel Antonio Caro; pero no le tentó nunca con sus mil trapazas y fuleñas ni se dejó guiar por otro señuelo que no fuera el de la exposición de su doctrina. Al palenque de la prensa saltó varias veces a distribuir ideas, a desmenuzar opiniones que para él eran errores, a repetir en cierto modo la lección del Colegio. Cuando en 1910—desde las columnas de *Los Principios*—defendía con ardor sus puntos de vista; cuando luégo refutaba al general Uribe por su folleto, *De cómo el liberalismo colombiano no es pecado*, contribuía apenas al esclarecimiento de un principio constitucional o filosófico, sin dársele una higa de la categoría ni calidad del adversario.

Las relaciones amistosas que mantuvo con personalidades de nuestro país le pusieron en el secreto, en el giro de muchos acontecimientos sociales; y la confianza con que a él se acercaban individuos de todo cariz político le rodeaba de un carácter de gratuito consultor, que tal vez halagaría su vanidad de ciudadano. Por otro lado, los jóvenes que habían corrido por su claustro y comenzaban a irrumpir en el escenario público, no perdían el camino de su casa, y allá se iban a solicitar un dato, a pedir un consejo, a fortalecer una enseñanza. Así prolongaba una influencia personal, que no debía concluir sino con la muerte. Alumno suyo como fui, tengo la memoria repleta de incidentes varios, que hierven ahora por dentro con los vívidos fulgures de la adolescencia. Cuando llegaba el retiro espiritual de la cuaresma, el doctor Carrasquilla se encargaba de las prédicas orales, y al venir la noche, reunía a sus alumnos en la capilla del Rosario

para predicarles. No pasaba de un cuarto de hora. Sabía que muchachos de dieciocho años no resisten una sesión dilatada, ni mucho menos si en ella se alternan finas cuestiones teológicas, con disimuladas amenazas del infierno y el purgatorio. Había alumnos, distraídos de las prácticas religiosas, que evadían su cumplimiento, fingiéndose enfermos o cansados; otros se negaban en redondo a estar de presente, y no faltó uno que iniciase campaña adversa para apartar a todos, en nombre de la conciencia. Cuando el doctor Carrasquilla lo supo, no provocó algarada ni echó mano de los estatutos. Le llamó a su gabinete rectoral, y en un careo habilísimo le fue llevando al plano de las cuestiones morales para disuadirlo, también en nombre de la conciencia. «Si se le vuelven a ocurrir dudas —terminó— acuda al doctor Carrasquilla, confíesele sus temores o inquietudes, que yo estoy seguro de que él no le dirá nada al rector».

Visto de lejos, con aquel continente grave con que atravesaba calles y plazas, en sus paseos vespertinos, Monseñor Carrasquilla aparecía como un soberbio, muy pagado de sí. El calificativo de soberbio se lo oí aplicar por muchos, que no le conocían. Cuando uno le visitaba, se destruía por sí misma la prevención; se admiraba su modestia práctica, en aquella casita de la calle 14, con sala esterada, muebles pobrísimos y de ornamento nulo. Más todavía; yo sé de excelentes rasgos de bondad, en que se explayaba el discípulo de Cristo, y le miré tender su apoyo a estudiantes desvalidos, llegados a la capital en el mayor desamparo, a quienes protegió con largueza de corazón. Dentro de esta suavidad hacia el meneateroso, hacia el indefenso, respetó el nombre que el tiempo saca triunfador, y consagran los merecimientos. La democracia que crea y conserva, nó la que destruye. En eso traducía el espí-

ritu de la Iglesia católica, que tiñe de ennobecedora caridad muchas gestiones de su política, pero no consiente que se pierda la nota de la distinción y el señorío.

Su influencia en la juventud de Colombia no se extinguirá del todo. Obró sobre ella en forma directa, más por el ascendiente propio que por la doctrina vertida en la letra de los libros. Fue un maestro a la manera griega. El puesto que ha de merecer en el cuadro intelectual de la república parece ya severamente constituido; no puede quedar expuesto a los resabios antojadizos del mal humor de la crítica, ni a las volutas de incienso vano con que los admiradores sin segunda vista envuelven el objeto de su culto. Discutible, como todo, se mantendrá serena y definitivamente.

Cartagena, abril de 1930.

FERNANDO DE LA VEGA

EL CONSEJO DIRECTIVO DEL LICEO CELEDON Y LA MUERTE DE MONS. CARRASQUILLA

ACUERDO NUMERO 3

sobre honores a Monseñor Carrasquilla, con motivo de su muerte.

El Consejo Directivo del Liceo Celedón

CONSIDERANDO:

Que en la noche del 18 de los corrientes falleció en Bogotá, su tierra natal, Monseñor Rafael María Carrasquilla, acontecimiento que ha colmado de pesar, con sobrada justicia, todos los ámbitos de la patria;

Que el insigne Prelado fue Rector, durante cuarenta años, del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde se formaron, bajo su acertada dirección, la mayor parte de los colombianos que hoy enaltecen con su civismo y sabiduría a la república;